

POMPEYO IVÁÑEZ



HECTÁREA



Capítulo 1

Lunes, 9 de septiembre de 2019

—Cuando me enteré de la desaparición de Claudia, lo primero que pensé fue que había armado tal revolución en las municipales de abril que le habrían salido enemigos por todos lados, de los otros grupos políticos por supuesto, pero también en sus propias filas. La envidia y el resentimiento son dos de las regiones más visitadas del mapa sentimental español, aunque nos pese —comentó Jesús Ginestar mientras volcaba el café solo en el vaso con cubitos de hielo.

—Sin duda, pero ese mapa sentimental al que aludes igual no funciona del mismo modo en Altamut. Frente a la media española del 13% de residentes extranjeros, aquí llegamos al 81%. En lugar de una región sentimental, tenemos un laberinto, con idiomas distintos según el tramo. Pero coincidí contigo en que lo de abril fue un terremoto en el pueblo, mucho mayor del que auguraban las encuestas. Hectárea, con su mayoría absoluta, rompió el tablero en el que venían jugando la partida los políticos y la gente con intereses que arrastran tras ellos —concluyó Víctor

tras informar a Jesús de las últimas novedades en lo acontecido con Hectárea.

En el Ayuntamiento de la etapa anterior, hasta abril de 2019, el reparto de las veintiún plazas de concejales era PP diez, PSOE ocho, Ciudadanos dos y HA uno. HA era el acrónimo de Habitantes de Altamut, una formación debutante en las elecciones de 2015, arrancada inicialmente como asociación vecinal del casco antiguo para reclamar todo tipo de mejoras, desde ayudas en rehabilitación de casas, peatonalización de calles, limpieza, etc. Pronto se fueron sumando residentes en chalets de las urbanizaciones; Claudia, una de las primeras. Nadie pensaba que podrían lograr suficientes votos para sacar un edil, dado el listón del 5%, pero consiguieron rebasarlo y entrar en el Ayuntamiento. La única edil de la formación fue Claudia Cremades, profesora de Química jubilada y viuda de un médico suizo. Al ser concejal de HA, pronto comenzaron a llamarla Hectárea. Lejos de amedrentarse, propuso a los afiliados a Habitantes de Altamut cambiar el nombre del partido por el de Hectárea, mucho más breve, práctico y diferenciador. Aprobaron su propuesta, y el apelativo Hectárea comenzó a usarse tanto para identificar a la formación política como a la propia Claudia, que contaba divertida que en más de una ocasión le preguntaron por qué sus padres le pusieron ese nombre tan raro. Cuando arrancó la formación en 2014, la mayoría de miembros eran jubilados europeos que habían adquirido alguna casa del casco antiguo, vecinos del propio Altamut que veían con simpatía las propuestas y movilizaciones de aquellas personas por mejorar el pueblo, y gente joven, inicialmente exalumnos de Claudia en el instituto, que fueron captando nuevos afiliados, con el denominador común de estar hartos de los políticos habituales y sentirse atraídos por discursos como el de Claudia, que apelaba siempre a una política sin profesionales de la misma, sin mayor recorrido en un cargo público que una

legislatura, buscando, además, que en los cuatro años con algún cargo, los ingresos del político circunstancial fueran similares a los que tenía antes. Y, de un modo intensivo, la edil Claudia Cremades, o Hectárea, actuó en esa legislatura de acuerdo con los principios que predicaba. Hizo pública su pensión de jubilación, y cualquier ingreso adicional que le supusiera su acta de concejal sobre el que le correspondiera por su pensión era donado de modo automático a la residencia de ancianos de Altamut. Los militantes jóvenes crearon el portal Hectárea, en el que constaban públicamente las cuentas del partido, el nombre, fotografía, correo electrónico y número de móvil de Claudia Cremades y otros once militantes de Hectárea, a los que cualquier habitante de Altamut podía dirigirse, criticarlos, exponerles ideas o propuestas, con el compromiso de dar respuesta a cualquier mensaje que les llegase, lo que cumplieron escrupulosamente. En 2016 una residente danesa fallecida dejó su casa en herencia a Hectárea. En apenas tres meses, un equipo de voluntarios transformó aquella casa de la Glorieta en la sede permanente del partido, abierta al público de nueve a ocho todos los días laborables, tanto para dar información sobre las iniciativas que estaban llevando a cabo como para recibir propuestas de cualquier ciudadano. Todo desempeñado por voluntarios, sin retribución alguna.

En 2015 formaron gobierno en Altamut PP y Cs, que sumaban doce sobre veintiuno, y la legislatura tuvo un discurrir bastante tranquilo hasta 2018, tres años en los que fue calando entre la gente el estilo tan distinto de la concejal de HA, bien por el boca a boca, bien por la atención que le prestaba *InfAlta*, el periódico digital local, resaltando siempre la fluidez de sus intervenciones en los plenos, la educación exquisita en sus discursos, hasta los más críticos, el uso habitual del humor y la ironía; en definitiva, el soplo de aire fresco que suponía HA en la política municipal.

En *InfAlta*, la sección estrella era la de «Cartas al director», que publicaba escritos en cualquier idioma, normalmente con un clic a su traducción al español, conseguida bien desde la propia redacción, bien de cualquier lector voluntario. La sección era un divertido mosaico de idiomas, enfoques o debates, preocupaciones normales o insólitas de los lectores, una sección que de un modo fácil entraba en la rutina curiosa del lector. Allí fue ganando terreno, en difusión y aceptación, la actividad de Hectárea. Pero lo acaecido en septiembre de 2018 incidió sobremodera en las siguientes elecciones. Detentaban el poder la coalición PP (10) y Cs (2), con doce concejales, frente a la oposición de PSOE (8) y HA (1), con nueve. En septiembre afloró a la prensa que el juzgado que instruyó el caso Picard/Ray, sobre dos homicidios atribuidos al constructor Hugo Vera, había comprobado pagos efectuados, testafierros mediante, desde Vera Homes a una sociedad en Andorra, propiedad de la esposa del concejal de urbanismo, Fernando Fajardo, del PP, que rápidamente se declaró víctima de una conspiración, aseguró no tener cuenta alguna en el extranjero y exigió la presunción de inocencia que consagra el Estado de derecho. Según la información publicada, los pagos eran para provocar la recalificación de la finca Cañamera de rústica a urbanizable, recalificación que, desde junio de 2018, tras los dos homicidios, y con Hugo Vera en prisión preventiva, quedó en el limbo de la paralización. Dado que tanto el alcalde como el PP expresaron su solidaridad con lo argumentado por el concejal Fajardo y renunciaron a exigir dimisión alguna, su socio Cs optó por cambiar de caballo a mitad de carrera y, tras un rápido acuerdo con el PSOE, convocaron a Claudia Cremades para hacerle una propuesta irrenunciable: moción de censura para una nueva mayoría en el Ayuntamiento, de once concejales (PSOE ocho, Cs dos y HA uno), frente a los diez del PP que pasaría a la oposición, y el cargo de alcaldesa para Claudia Crema-

des, de Hectárea, en lo que restase de legislatura. Al día siguiente, en la web de Hectárea y en *InfAlta* apareció un escrito en el que la propia Claudia contaba lo acaecido en veinticuatro horas:

1. PSOE y Cs le propusieron ser la nueva alcaldesa, lo que en Hectárea valoraron como un disparate teniendo solo uno de los veintiún concejales.
2. En reunión urgente con el alcalde, le transmitió la propuesta recibida y le hizo ver que en su mano estaba exigir la dimisión inmediata de Fajardo, anunciar la paralización hasta nuevos comicios de la recalificación pendiente y firmar un compromiso de buen gobierno con HA para el resto de la legislatura o caer en la moción de censura con el voto decisivo de HA.
3. Dimitido de inmediato Fajardo, HA aclaraba que no votaría contra el alcalde en la anunciada moción de censura, que quedó desactivada y evitó a Altamut entrar en un baile de cargos municipales a tan solo unos meses de acabar la legislatura.

El caso es que, en abril de 2019, las elecciones municipales arrojaron el siguiente resultado: HA trece, PP cinco, PSOE tres. Mayoría absoluta de Hectárea. Y Claudia, fiel a lo que predicaba, sin cargo alguno, fuera del Ayuntamiento tras una legislatura. La nueva alcaldesa fue Beatriz Carbonell, treinta y ocho años, profesora de Matemáticas, cofundadora de HA y excompañera de Claudia en el instituto. Claudia se mantuvo como secretaria general del partido y la podías encontrar habitualmente en su despacho de la Casa HA en la Glorieta. Hasta que desapareció.

Lunes, 2 de septiembre de 2019

Ese lunes, Claudia no se presentó, como era habitual, a primera hora en la sede de HA. Al comprobar a media mañana sus compañeros que nadie había hablado con ella y que no atendía las llamadas, dos de ellos se desplazaron a su chalet de la urbanización Morisco, donde vivía sola desde que, quince años atrás, tras enviudar en Suiza, se instaló en Altamut y consiguió la plaza de profesora de Química en el instituto. Llamaron insistentemente, pero nadie les abrió, así que acudieron alarmados a la comisaría.

Cuando el policía Pedro Morón arrancó el coche, tuvo la percepción, por el rabillo del ojo, de que el inspector Mateo se había santiguado muy rápidamente mientras se sentaba a su lado. Morón pensó que seguramente Mateo invocaba con su gesto que no se repitiera la escena vivida el año anterior en casa de la pintora Colette Picard, cuando la encontraron muerta sobre la cama.

—¿Claudia no tiene ningún familiar en Altamut, inspector?

—Ni aquí ni en ningún otro sitio. No tuvo hijos antes de enviudar e instalarse aquí. Madrileña de nacimiento, era hija única y vivió toda su vida en Suiza hasta que, tras fallecer su marido, se instaló en Altamut.

—Ojalá no nos encontremos el mismo panorama que el año pasado en casa de la pintora.

—¿Tú también, Morón? La juez Vives ya me ha dicho lo mismo al firmarme el mandamiento. No seáis gafes, joder. ¡Número treinta y dos, aparca aquí! Espero que no se demore el cerrajero.

—¡Buenos días, señores!

—¿...?

—Aquí, a su derecha, en la valla.

—¡Ah! Buenos días, señora, no la veía. —Lo que le faltaba a Mateo para relajarse.

—¿Van ustedes a casa de Claudia? Soy su vecina.

—Sí, ya veo, ¿no la habrá visto hoy usted?

—No, pero, por si les sirve, desde hace años tenemos llaves cruzadas, ella copia de las mías y yo de las suyas, para cualquier imprevisto.

—Vaya, pues sí, nos resultaría muy útil, traemos el mandamiento judicial para abrir el domicilio, pero, si evitamos que intervenga el cerrajero, mejor.

—Aquí las tiene. Les estaba esperando desde que he visto a los chicos de Hectárea llamándola a gritos esta mañana al no contestarles al timbre. Claudia es madrugadora y muy activa. Me he preocupado al ver cómo la llamaban, pero no me he atrevido a entrar yo, mejor que lo hagan ustedes.

—Ha hecho usted bien. Morón, avisa al cerrajero de que tenemos las llaves para abrir. Muchas gracias, señora. En cuanto veamos la casa, ya le indico lo que haremos con las llaves de Claudia.

Franqueada la puerta de la valla que daba acceso al jardín, se entraba en un espacio llamativo, un jardín cuidado al detalle, de aire mediterráneo, pero con detalles dignos de jardín japonés. Una parcela no muy grande, pero claramente mitad sombra arbórea y mitad soleada, con un equilibrio llamativo de geometrías. Muy agradable. En el porche, junto a dos sillones de mimbre y una explosión de geranios en flor, estaba la puerta de la casa, que abrieron enseguida, sin vueltas de llave, como si se hubiera cerrado de un portazo. El interior era luminoso, limpio y ordenado, pocos muebles, pero dando sentido a un espacio considerablemente grande para una persona que vivía sola. Recorrieron el salón, despacho, cocina y los dos dormitorios y dos baños que conformaban el chalet, y todo estaba en orden, sin señal alguna de Claudia. Pero no era una casa abandonada. La nevera surtida de comida, los armarios con ropa, todo limpio y arreglado.

—Como si hubieran preparado el chalet para un reportaje de una revista de interiorismo o un dossier de fotos para una inmobiliaria. Por favor, sal a por la vecina, que la pobre tenía cara de susto de verdad. Tranquilízala, dile que no está Claudia e invítala a entrar, que me gustaría hablar con ella.

No solo la puerta no estaba cerrada con llave, todas las persianas estaban subidas, y ni siquiera la puerta corredera que daba del salón al jardín tenía puesto el seguro interior. No parecía la casa de alguien que se hubiera marchado de viaje.

—¿Está todo en orden, comisario?

—Inspector, inspector Mateo, para servirla. Disculpe que con las prisas no nos habíamos presentado. Mi compañero es el agente Pedro Morón. ¿Cuál es su nombre?

—Esmeralda Alfaro. Mi marido y yo vivimos aquí desde hace veintidós años, así que somos vecinos de Claudia desde que se instaló aquí, hace quince.

—Si llevan tantos años de vecinos e incluso tienen llaves intercambiadas, entiendo que conoce bien esta casa. ¿Podría decirme sí, en su opinión, tiene el aspecto normal?

—Sí, sí. Claudia es muy ordenada pero no maniática, ¿eh? Como verá usted, todo es muy ligero, pocos muebles, mucha luz, apenas nada sobre mesas o estantes; lo único que Claudia tiene en cantidad son libros, como habrá visto. Antes de jubilarse, estaba casi siempre en el instituto, y ya jubilada, en vez de descansar, se metió en el fregado de Hectárea, que diría que le ocupa más horas que antes las clases de química.

—¿Sabe usted de algún pariente, alguna amiga o amigo, al que pudiéramos recurrir para que nos ayudaran a localizarla?

—Parientes no, que sepa. Pero Claudia es muy sociable, seguro que conoce a todos los militantes de Hectárea, ya le digo que estaba muy volcada con ese partido, y más ahora, con mayoría en el Ayuntamiento. Mucha gente viene a su casa, no solo de Hectá-

rea, también excompañeros o exalumnos del instituto, residentes suizos en Altamut, senderistas, es muy aficionada a andar. Habrá chalets con familias numerosas que no tengan ni de lejos el trasiego de personas de esta casa. Y ya ve usted cómo la mantiene, impecable siempre.

—En ese río de visitas que dice, ¿vio alguna vez a la actual alcaldesa, Beatriz Carbonell?

—Muchas veces. Bea y Claudia son muy amigas desde antes de fundar Hectárea, y estoy convencida de que la alcaldesa le pedirá opiniones y consejos con frecuencia.

—¿Y alguna relación de pareja actual o reciente?

—Ninguna desde que la conozco. Y me atrevo a decir que dudo que la tenga. Si alguna vez la oye hablar de su marido, muerto hace quince años, entenderá por qué lo digo.

—Muchas gracias, Esmeralda, por su ayuda. Si nos pudiera facilitar su teléfono por si necesitamos alguna información adicional, se lo agradeceré. ¿Algunas de estas llaves son las de su chalet?

—Sí, esas del llavero del gnomo.

—Si le parece, lléveselas hasta que aparezca Claudia y, con su permiso, nos llevamos las de este chalet e informamos a la jueza de que nos las ha prestado usted para evitar forzar cerraduras.

—Claro. Me parece muy bien.

—Vamos a seguir buscando a Claudia. Si tuviera usted alguna noticia de ella, aquí tiene mi tarjeta, le agradeceré que me llame.

—Descuide, inspector, así lo haré.

Martes, 3 de septiembre de 2019

—No sé, mi impresión es que aquí vamos algo acelerados. Hay una persona de sesenta y nueve años que aparentemente desapareció ayer. Digo aparentemente porque Claudia, que vive

sola, no tiene obligación laboral alguna y dispone de medios para emprender cualquier viaje, puede haberse ausentado voluntariamente, sin dar explicaciones a nadie —trató Víctor de inyectar calma en su equipo.

—Sí, Víctor, pero yo resaltaría, en primer lugar, el nerviosismo de todo su entorno, tanto de sus compañeros de HA como de sus vecinos. A todos les extraña que no se presentara el lunes en HA sin avisar y sin responder a las llamadas. Por eso han formalizado la denuncia de su desaparición. Por cierto, voy en un rato de nuevo a su chalet, esta vez con Álvaro, de la científica. La geolocalización del móvil de Claudia lo sitúa en las coordenadas de su casa, aunque «apagado o fuera de cobertura». A ver si damos con él, y Álvaro encuentra algún hilo del que tirar. El juez Abad ya está al tanto de todo, tengo el mandamiento, tras unos diez minutos enterándome de la curiosa deriva por el Atlántico Norte de los icebergs que se desprenden de los glaciares de Groenlandia. Si comemos juntos, te lo contaré antes de que se me olvide.

—¿Qué opinas tú, Julia? —quiso saber Víctor.

—Pues creo que es muy preocupante. Sabes que sigo a Claudia desde hace años, y creo que, de ser una desaparición voluntaria, lo habría comunicado a su entorno. Pese a que, como bien dices, la denuncia es de ayer, por lo que sabemos hasta ahora, tampoco hay noticias suyas de los dos días anteriores, el sábado y el domingo.

—De acuerdo, me habéis convencido —cedió Víctor—. Vamos a pisar el acelerador. Voy al ayuntamiento a hacerle una visita a la alcaldesa, que parece que tenía una relación estrecha con Claudia. Julia, podrías acercarte a la Glorieta y charlar con sus compañeros más habituales de HA.

—Vale. Si me diese tiempo, me pasaré también por el *pub* La Guardia Suiza, en Paradise, lugar de encuentro habitual de la colonia suiza, que me consta que frecuentaba Claudia.

—Sí, sí, estupendo. Cuanta más información recojamos de su entorno, mucho mejor —aprobó el comisario—. A ver si hay suerte, Mateo, y localizáis su móvil. Y ten paciencia con Álvaro, es capaz de tirarse diez minutos mirando una baldosa, pero, si atendemos a resultados, todas las cosas raras que hace acaban teniendo una explicación razonable cuando nos pasa su informe.

—¡Buenos días! Soy el comisario Víctor Forn. La alcaldesa me está esperando.

—Sí, comisario, nos ha avisado. A la izquierda tiene el ascensor. En el rellano del segundo piso verá tres puertas, es la del centro.

—Estupendo. Gracias.

—Holaaa, ¿se puede? —Víctor abriendo la puerta entornada de la alcaldesa.

—¡Comisario! Pase, por favor. Le agradezco mucho su visita, la desaparición de Claudia nos tiene a todos muy preocupados. Nos sentamos en la mesa de reuniones si le parece —propuso Beatriz Carbonell tras casi chocar con Víctor, ya que salía a recibirle al rellano cuando él entró en el despacho—. Entiendo que aún no tienen ninguna noticia de ella —comentó Beatriz mientras se acomodaban.

—Pues no, ninguna. De cualquier modo, apenas han pasado veinticuatro horas desde que HA presentó la denuncia de su desaparición. He de confesarle que lo más preocupante para mí hasta ahora es observar la angustia de sus compañeros y amigos, todos resaltando lo anómalo del silencio de Claudia, lo que inclina a pensar que la posibilidad de una desaparición voluntaria es mínima. Me gustaría conocer su punto de vista.

—El mismo que le han transmitido mis compañeros. Es rarísimo que Claudia se ausente de ese modo, sin avisar a nadie. Como